

HOMILÍA PRONUNCIADA EN EL SANTUARIO DIOCESANO

Santuario de N. S. de la Caridad del Cobre, 8 de septiembre del 2001

Engrandece mi alma al Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones
porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo,
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes
a los hambrientos los colma de bienes,
a los ricos despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
como lo había prometido a nuestros padres,
en favor de Abraham,
y su descendencia por siempre.

María ha sido proclamada la dicha, la paz del pueblo sencillo. Ese es el papel de la Virgen: acercar a Jesús a nosotros; llevarnos a todos al encuentro de Jesús para llenarnos de paz. Por eso al pasar por las calles y ver tanta gente diversa se veía también una misma mirada de amor a la Madre...

En el salmo responsorial rezábamos: Dichosos los pobres en el Espíritu. El Señor derriba a los poderosos y levanta a los pobres... Muchas veces se colman los hambrientos de bienes de espíritu y casi siempre los que mucho tienen están vacíos de corazón, vacíos de espíritu. Dichosos los pobres en el espíritu. De ellos es el Reino de los Cielos. ¡Cuánta necesidad se veía al pasar! ¡Cuántas penas!... ¡Son tantos los ancianos que hoy viven con una pensión mínima, sin familia, y que carecen de lo necesario! ¡Cuántos hoy nos piden una casa, un asilo y no damos abasto para que puedan ellos ser cobijados y tener una comida adecuada! ¡Cuántos nos piden una ayuda...! En nuestro Plan Pastoral hablamos de la Promoción Humana que se propone la Iglesia en Cuba por medio de sus comunidades vivas y dinámicas

Me impresionaba, sobre todo, ver por primera vez en estos años en que sale la Procesión, lanzar dinero a la Virgen. ¡Eran los pobres quienes lo lanzaban! ¡Eran los sencillos quienes lanzaban el dinero! ¡Eran los pobres quienes lo hacían! Entonces pensé: (...) Tenemos que aprender a dar desde la pobreza. No podemos esperar siempre donaciones que la Iglesia no puede repartir, porque no puede ser ella receptora de donaciones. Tenemos que hacer con los medios que tenemos a mano todo lo que hemos hecho: como los comedores para ancianos, como nuestra asistencia personal a tantos ancianos en La Habana; dándoles un poquito de leche en polvo, un poquito de aceite..., de esas cosas que no se pueden comprar si no es en dólares. Y no todo el mundo tiene los dólares. ¡Qué doloroso resulta muchas veces cuando uno piensa en el pueblo así: ¿cómo resolverá sus necesidades?, ¿cómo enfrentarán las necesidades de la casa aquellos que, sobre todo, no tienen acceso a las remesas de afuera porque no tienen familiares en el extranjero?

Hoy se da otro tipo de emigración: el que se va para trabajar y mandar dinero para los que se quedan. Esto siempre duele en el corazón de los cubanos.

Yo veía en la mirada de todos aquellos que contemplaban a la Virgen una especie de súplica...

Los seres humanos somos incapaces de compartir o de vivir en justicia y en amor verdadero entre los hermanos, y hay unos que poseen más y otros menos, pero, a pesar de todas las dificultades, debemos tener el ánimo y la valentía de luchar por la vida, para ser capaces de enfrentar todo aquello que es adverso, para no perder la paz del corazón ni la paz de los hogares, porque se altera, a veces, la paz doméstica cuando falta lo necesario. Son muchas las cosas que suceden, puede venir, incluso, por esta situación, la tentación del delito que está presente en tantos... Muchos dicen que hay mucha población negra en nuestras cárceles. Y es verdad. Pero es la parte de la población más pobre, la que menos acceso tiene al poquito de riqueza que puede haber. Menos han emigrado, ellos, nuestros hermanos negros, en los primeros años de la Revolución, o en décadas anteriores, y menos familiares tienen que les envíen dinero desde fuera. Se ven muchas veces forzados por la vida a tratar de luchar y tienen muchas veces la tentación de irse por caminos fáciles. Porque también los caminos difíciles hay veces que no satisfacen las necesidades plenas del ser humano.

Tenemos que tener en estos momentos una gran capacidad de realismo para ver todo aquello que es la carga de dolores, de sufrimiento, de penas que llevan nuestros hermanos, nuestras hermanas, las madres de familias, los padres de familias, los jóvenes que siempre tienen esperanzas, que tienen deseos de algo mejor, que ansían por todos los caminos un poco de felicidad. Escuchemos la invitación de la Virgen, sigamos su testimonio amoroso: «Mi alma proclama la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador».

Puede haber la alegría en Dios Salvador en medio de todo eso. Puede haber paz en mi corazón. Podemos no quedar quebrantados y como aplastados y volvernos duros y fríos en el hogar y caer en las tentaciones del delito, etc., si hay algo en mi corazón que me levante, si hay algo que me hace decir: Bueno, seré hambriento, seré pobre, pero a los pobres Dios los colma de bienes. Habrá otros que quizá tengan mucho, pero esos están vacíos en sus corazones, en muchos casos, porque les falta aquello que la Virgen María dice que es la causa de su alegría: llenar de Jesucristo sus corazones.

Ella lo lleva en su seno, tiene a Dios con ella. Eso es lo fundamental, mis queridos hermanos.

No hay religión verdadera sin esta presencia de Cristo en nosotros. Y en esto los pongo siempre al tanto y prevenidos con respecto a una cierta religiosidad superficial, hecha un poco de magia, donde la gente hace cosas para obtener bienes, busca vías un poco fantásticas y falsas para aliviar sus necesidades. Hay que buscar la verdadera fe y les digo que la verdadera religión no es tal si no produce en el corazón humano un cambio de vida. No hay religión verdadera que consista en unos ritos, en unas ceremonias, en un tipo de acciones de estilo mágico, en el uso externo de algunos objetos. Nada de esto nos va a transformar. Nos transforma el Señor, que puede cambiar nuestro corazón. Me transforma la oración a Él. Me transforma la confianza absoluta en que el Señor hace en nosotros obras grandes como hizo en la Virgen María y puede cambiar nuestros corazones. Yo he visto hombres y mujeres que han sido capaces de transformar sus vidas. Porque en medio de toda esta miseria y dificultades que enfrentamos hay alguien que puede beber y encontrar el dinero para un poco de alcohol y gastar lo poco que tiene en eso. He encontrado gentes que han sido capaces de decir no, yo puedo dejar esto, yo puedo transformar mi vida, yo puedo nacer de nuevo, como dijo Jesucristo a Nicodemo.

El que quiera ser discípulo de Cristo, hijo de la Virgen Santísima, Madre de la Caridad, que de verdad nazca de nuevo a una vida totalmente transformada.

Ante esta procesión maravillosa que revela una fe sencilla pero profunda, pensaba yo: «Esos ojos que se fijan en María están buscando la solución al conflicto fundamental de la vida humana; no a los

problemas que, mágicamente, no se pueden resolver, sino a que yo encuentre un sentido a mi vida, una alegría, un gozo, una paz, una fuerza que me haga movilizarme». No hay manera mejor de promover al ser humano que ponerlo en un camino de verdad, de justicia, de amor, de paz... Y eso se logra cuando el hombre y la mujer se encuentran con Jesucristo, nuestro Señor. Y es la Virgen Santísima, nuestra Madre, con su título de Virgen de la Caridad, como Dios nos la entregó, la que debe llevar a nuestro pueblo por estos caminos que lo alejen de la corrupción, que lo alejen de la tentación del delito, que procuren la felicidad, que lo ayuden a servir, a compartir de verdad, a vernos, aunque hambrientos y pobres, colmados de bienes y no vacíos como aquellos que tienen mucho, pero sus corazones están como el hielo: frío, incapaces de amar. Eso le pedía a la Virgen hoy.